Educación y diversidad cultural.

Los Oficios Campesinos

© Los Oficios Campesinos

© Grimaldo Rengifo Vásquez

© **PRATEC**. Proyecto Andino de Tecnologías Campesinas.

Martín Pérez 866, Magdalena del Mar.

Telefax: 0051-1-2612825

Email: pratec@pratec.org.pe

Website: www.pratec.org.pe

Primera edición: Mayo 2008.

ISBN Obra Completa: 978-9972-646-53-9

ISBN Tomo 4: 978-9972-646-57-7

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: Nº 2008-06526

Diseño y edición de textos: Gladys Faiffer

Carátula: María Gabriela Rengifo

Impresión: Bellido Ediciones EIRL

Los Zafiros 244, Balconcillo. Lima. Perú. Teléfono: 470-2773.

4

LOS OFICIOS CAMPESINOS

Grimaldo Rengifo Vásquez

PRATEC
Abril, 2008.

Contenido

Introducción. 5

1. Los oficios campesinos. 6

2. Su aprendizaje. 14

3. "Pasar la vida" y "saber servir". 17

4. Oficios campesinos y escuela. 19

Bibliografía. 25

* Nota del autor. Las citas a las que se refiere el autor que no tienen referencia directa fueron extraídas de informes internos del Proyecto Niñez y Diversidad que por encargo del PRATEC el autor coordinó entre los años 2002 y 2007.

LOS OFICIOS CAMPESINOS

Lo que puede el sentimiento,
No lo ha podido el saber,
Ni el más claro proceder,
Ni el más ancho pensamiento.
(Violeta Parra. "Volver a los diecisiete").

Introducción.

A juicio de los comuneros, los oficios campesinos son competencias manuales que todo miembro de la comunidad debe aprender para, lo que denominan, "pasar la vida" y como indica Pelayo Carrillo de la Asociación "Apu" de Ayacucho, para también "brindarle un gustito a la vida". Los oficios implican la elaboración de obras que los comuneros aprenden a lo largo de su vida y que se transmiten inter-generacionalmente de mayores a niños, niñas, y jóvenes mediante los consejos, las prácticas, los ritos, las fiestas, la ingestión de plantas, etc, y que apelan para su conocimiento a los sentidos, los sueños, la mente. Como manifiesta don Santos Cahuana, de Cajamarca:

> Algunas cosas podemos aprender de nuestro pensamiento y otras cosas viendo, así se aprende o escuchando también; nosotros los del campo no estudiamos para aprender, nosotros hacemos así-así, porque pal campesino cada año se presenta diferente y cada año tenemos que ir aprendiendo. Por ejemplo, este año si es así, ya tenemos que desaguar las chacras.

A estas modalidades de aprender y enseñar, producto de las cuales brotan y regeneran saberes-haceres que corresponden a la sabiduría de un vivir en armonía con la naturaleza, las llamamos cultura educativa de la comunidad. Esta cultura educativa, de no menos ocho mil años

de historia es el soporte de una diversidad de oficios que numerosos pueblos andinos y amazónicos[1] han venido practicando y enseñando a lo largo de su historia.

1. Los oficios campesinos.

Cuando los campesinos se refieren a los oficios campesinos como una de sus demandas educativas, no se refieren tan sólo a la agricultura o ganadería, actividades que consideran inherentes a sus vidas sino a un saber-hacer aprendido que agrega y adorna a la persona que lo practica con otras cualidades que las chacareras y cuyo ejercicio se expresa en lo que genéricamente se conoce como artesanías o más propiamente artes sanas.

Una de las características del producto de este saber-hacer es que la obra no se produce para un público anónimo sino que está destinado a alguien concreto. Son para alguien, una persona, familia o comunidad, y son para algo, para transportar, para protegerse, para danzar, o para cocinar. Una madre cuando teje un cobertor, lo mismo que cuando cocina lo hace a la medida del usuario, sea éste su hija o su familia.

Una segunda característica es que la forma o rostro producto de la conversación de un orfebre con la arcilla, para citar un ejemplo, está ya contenida en la arcilla. El oficiante devela lo contenido, no lo crea ni lo moldea de acuerdo a una imagen prefijada, porque lo creado está allí desde siempre, su actividad es des-cubrir, de-velar re-crear lo que está allí como persona en potencia. Es un homo mayéutico –

[1] Para dar una idea de la importancia numérica de las familias que habitan estos pueblos mostraremos algunos datos. Si consideramos que el total de unidades agropecuarias a nivel nacional era a 1994 -fecha del último censo agropecuario- 1'745, 733, el campesinado representó el 85% de ese total, es decir el sector agropecuario numéricamente más importante en el Perú: 1'474,525 unidades. No existe sector económico en el Perú actual que agrupe a una cantidad tal de familias: 7'372,625 personas aproximadamente. Estos porcentajes no han variado estos años de modo significativo, de manera que son ilustrativos para comprender la vida rural campesina andino-amazónica (Valera y Moreno, 1998).

hombre partero– al decir de Van Kessel (1990:76), es decir un humano que con su saber-hacer acompaña a la arcilla a que ésta exprese su forma.

Preguntado un orfebre cajamarquino por la forma que daba a sus obras decía que "en su dentro está su forma". Es la piedra, para el tallador o la lana para el tejedor la que le dice, sea en sueños o a su sensibilidad la forma que contiene, de modo que lo que hace el tallador o tejedor es posibilitar que la persona contenida en la piedra y lana, actualicen su modo de ser.

Cuando la relación con la tierra es la de madre a hijo, cuando no existe jerarquía entre humanos y lo más que humano, las actividades realizadas expresan el diálogo humanos-naturaleza. María Tacora Murillo de la comunidad de Río Salado lo expresa de la siguiente manera:

> Nosotros para tejer las *incuñas* y los *aguayus* no miramos libros ni miramos manuales, sino que hemos aprendido a sacar los diseños de los animales. De la culebra hemos aprendido el diseño del coquito, porque en su espalda tiene la culebra coquitos, cuando tejemos las fajas nos ponemos al costado la culebra y realizamos la *palla* de acuerdo a la espalda de la culebra; también las hondas o *q'orawas* hemos tejido con diseños de coquitos y otros con el diseño de ojo de puma (*pumanayra*), en las *incuñas* hemos aprendido a hacer *patapatas* de un gusano, que se llama *huayqalak'u*, y así en esta vida nos van enseñando los animales y las plantas (Apaza, y Espillico, 2006: 9).

De este modo, la confección de una obra, y esta es una tercera particularidad a acotar, toma la forma de una conversación de saberes entre los miembros del ayllu (familia humana, natural y sagrada) para de modo conjunto recrear la vida. En la elaboración de una tinaja están incorporados el saber-hacer de los humanos, de la arcilla, y de las deidades. La sabiduría no es prerrogativa humana. En Quispillacta, Ayacucho, indican que:

> Hasta las vihuelas –pequeñas guitarras– cuando son dejadas en una noche de luna llena son afinadas por el canto de las sirenas. Desde ese momento estas guitarras quedan *yachayniyuq* (poseen el saber, saben algo. ABA 1998:14).

Las tejedoras del ayllu Laymi–Pucará, de la provincia de Bustillos en Bolivia, siguen similar ruta. Como nos informan López, et.al.

> Al igual que los varones Laymi Pukara hacen "serenar" –encantar por la sirena– sus charangos en las cuevas de Torotoro para crear nuevas canciones, las tejedoras dejan serenar su telar durante una noche en la misma cueva y a la mañana siguiente pueden leer el tejido –utilización del espacio, colores, diseños– que van a realizar. (López, Flores, Letourneux 1993:119)

Las deidades también saben, en este caso la sirena y ritualmente lo comparten en la elaboración de la guitarra o el telar. El saber-hacer es por definición una expresión colectiva, de modo que el tejido como la canción resultante expresan la sintonía lograda cuando el humano "lee" adecuadamente las notas puestas allí por la deidad correspondiente. Cuenta Alfredo Mires que:

> Cuando una niña en los Andes aprende a hilar su primer ovillo, va hacia el río, se sienta en la orilla, hace una oración y ofrenda su obra arrojándola a la corriente. El río entonces le regala en reciprocidad la velocidad y destrezas; así será una hiladora diestra y capaz. (Mires 2000:36)

En este caso no es que el río "transfiera" activamente su saber haciendo del humano un portador del saber del río, sino que el hilado es una expresión de una acción recíproca del saber de la tejedora y del río. La confección deviene así en re-creación, en diálogo de saberes entre personas equiparando el saber-hacer humano con el saber-hacer de la arcilla, o la madera, que también son en esta concepción del mundo personas que al tejer una manta o confeccionar una guitarra se

comprometen con su saber-hacer en la regeneración de la vida que el humano ha iniciado.

La cuarta característica es que no existe arte sana al margen del artesano, el tejido es con el tejedor una unidad inextricable, así como chacra y chacarero son una unidad, el oficio y su criador son uno, ambos son el *juk* quechua, es decir una pareja unida de modo indisoluble, lo que es uno afecta la vida del otro. La piedra conoce ya a su "dueño" como expresan usualmente los comuneros, el tallador no es ajeno a la madera, como a la madera no le es ajena su tallador. La consecuencia es que no hay criador sin crianza y viceversa, pero además que al criar se es también criado, como al tejer se es tejido. No hay forma de estar al margen y tomar distancia a la manera de la relación sujeto y objeto. En la modernidad el sujeto maneja el objeto confiriendo a éste con su trabajo la característica previamente ideada. La obra resultante es su artificio, su creación.

Una quinta característica es que la confección de un ceramio es ritual. Para la confección de una prenda, una herramienta, una chacra o una flauta, el oficiante inicia su tarea solicitando permiso a las deidades para que la actividad sea realizada adecuadamente y sin tropiezos y porque lo que está generando o regenerando el artesano es también una persona, diríamos una persona de personas, como le gusta decir a Jorge Montoya Maquin. En esa vena don Julio Evaristo Pascual, de Vicos, Ancash, manifiesta:

> Para iniciar mi trabajo comienzo a *chacchar* mi coca, pero antes de masticar tengo que avisar a la coca diciendo: ¿Voy a estar bien hoy día o no? Avísame coca de la montaña, yerba del campo. Luego le doy unas cuantas sopladas a la coca que tengo en mi mano y cuando abro, ya sé cómo me anuncia mi día. (Urpichallay y Terre des Hommes 2001: CD)

No se trata de una relación de trabajador a materia prima, ni de hombre creador que transforma una naturaleza objeto en cultura, sino un ceremonial de agradecimiento a la recreación de la diversidad.

Una sexta característica es que los oficios y su realización más acabada la expresan personas a quienes se atribuyen cualidades innatas. La comunidad dice de éstas que "tienen mano". Veamos. En los pueblos andinos es común la expresión: "tener mano" como un modo de designar a una persona con facultades especiales para la crianza de un cierto cultivo, animal o la elaboración de un instrumento.

En la vivencia[2] andino–amazónica cada órgano del cuerpo sabe, es como una persona viviendo dentro de otra, tiene en sí facultades particulares y puede tanto ayudar como frenar la vida; puede curar como causar enfermedad. Esto pasa con la mano o el ojo, que pueden tanto ayudar como limitar el desarrollo de las plantas o los animales y de las mismas personas.

Es común escuchar a los campesinos decir: "mi mamá tiene mano para el tejido" o "fulano tiene mano para curar plantas" o también en sentido contrario: "mengano no tiene mano para cortar árboles". El papel asignado a la mano es relevante y decisivo en la regeneración saludable de la vida. Doña Angélica de Reátegui, campesina de la

---

[2] Ortega y Gasset define a la vivencia como: *"Relación inmediata en que entra o puede entrar el sujeto con ciertas objetividades. Todo aquello que llega con tal inmediatez a mi yo, que entra a formar parte de él es una vivencia".* (En: Ferrater Mora 1981:3447). En este contexto, no es la mente la que tiene una preeminencia en la relación con la naturaleza. El cerebro al igual que lo sensorial, o lo onírico, juega un rol semejante. Las personas reaccionan ante las cosas como un todo orgánico, en el que no interesa tanto "conocer" al otro, en el sentido de distanciarse para admirarle, sino conversar, compartir, dialogar, sin que medie cálculo ni distancia alguna, pues el mundo se vive como *pacha* (tejido en el hablar quechua lamas) del cual la persona siente que es una hebra entretejida, anudada con otras hebras en una relación de conversación y cariño. La vivencia no tiene que ver con el pensar, como reflexión sobre lo vivido. Como dice David Abram, la vivencia es: "El mundo tal como lo vivimos, previamente a cualquier conceptualización" (Abram, 2000:49). El pensar supone una explicación de las cosas, una transformación de la vivencia en hechos, una inevitable "toma de distancia" del sujeto sobre su vivencia, para convertirla en objeto de análisis. Como diría Borges en *Funes el Memorioso*: "pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer". La vivencia puede ser contada y descrita y entendible en el mundo del "así nomás es". Como dice Misael Salas, campesino Quechua-lamas: *"Ni yo sé cómo he aprendido"* (Arévalo y Quinteros 2000: 181). Para el campesino andino–amazónico, no interesa tanto el hecho en sí, sino cómo lo vive, o cómo lo vivió y lo recuerda. Cuando predomina la razón, el sentido no es otra cosa que un surtidor de datos confusos que la mente ordena.

comunidad de San Antonio del río Mayo en Tarapoto, dice sobre este tema:

> Yo no siembro nada lo que es fruta porque no crece, mi mano todo lo quema. Tiburcio –mi esposo– siembra todo lo que es fruta, también ají, habitas, puspo poroto, caihua, sandía. Todo lo que hay en la chacra lo siembra él. (Del Castillo y Rengifo 1995:36)

Los campesinos asignan a este órgano la cualidad de una entidad con sabiduría. No es sólo que este órgano te brinde una percepción del todo en conjunción y vinculación con otros sentidos, sino que la vivencia campesina coloca a la mano como si ella en sí misma supiera. En la mano reposa la cualidad de saber-hacer, para expresarlo en términos sistémicos: "En la parte está el todo". Parecería que el cuerpo se concibiera como una comunidad de personas cada una con una "personalidad" propia. Doña Basilia Cutti Flores, una anciana de 102 años de edad, natural de la Comunidad de Carcosi en Lircay, manifiesta así de su saber-hacer:

> A mí me pasó algo que a mucha gente también le puede suceder. La Virgen de la Candelaria me ha revelado en mi sueño, y me encomendó en mis manos el poder de sanación para hacer el bien a la gente que necesita a cambio de nada. Pero la buena voluntad de muchas personas a donde yo he visitado hicieron que no me falte nada; mi mano detecta los males y en otras veces cura. Solamente lo que yo hago es obedecer a lo que mi mano me dice. (Zevallos, Ravelo, Marcañaupa y Romero 2001:1)

Este es un saber-hacer que viene con la persona o conferido por una deidad, algo así como un don recibido, y que brota y se manifiesta en la ejecución de ciertas tareas. Las cualidades de la mano no son semejantes en todos. "Tenemos manos diferentes, unos son buenos para la crianza de los animales, otros buenos para la crianza de la chacra" manifiestan los aymaras (Chambi et al. 2000:41). Esta empatía tiene que ver también con las virtudes

de cada ayllu. Hay ayllus que son más talentosos como pastores, otros como herreros, los más como agricultores, cualidades que se recrean de generación en generación. (Carrillo 2000:130).

En estas personas lo notorio es la existencia de una empatía natural entre persona y planta o hilos, una relación especial cuyo resultado es la crianza fructificadora, abundante y sana de lo criado. Como manifiesta doña Teresa Lozano, del Bajo Mayo, Tarapoto:

> Hay que tener buena mano para sembrar. No a cualquiera le quieren las plantas. Yo por ejemplo, cualquier cosa que siembro echa bastante fruto, produce bien. Cuando siembro frejol puspino, por ejemplo, al tronco hasta se le rompen las ramas de tanto fruto que tiene. (Del Castillo y Rengifo 1995:36)

Si bien es un saber, digamos innato, también se estimula si es que la persona, como dicen en San Martín es "curada". Curar es conferir atributos a una persona, animal, planta o deidad. Como la que realizan los alpaqueros aymaras para que el niño o niña sean buenos ganaderos. Según Sabino Cutipa se realiza una ceremonia que consiste en "hacer dar vueltas al recién nacido por todos los corrales del ganado" (Cutipa 2000:23).

Estos atributos como ser buen cazador, pescador, chacarero, leñador, etc., pueden estar ausentes en una persona o ser poseídos en grado mínimo. Lo que hace el ritual de la curación es desarrollarlos, potenciarlos, hasta que la persona logre una sintonía adecuada en la realización de las actividades. "El *chacrayanta* –gusanito chacarero en ninfa– colocado en el bracito del recién nacido hará de él un buen leñador" (Arévalo y Quinteros 2000:181). En algunos casos se llama "voltear la suerte".

Se cura para aprender en la escuela. Aprender a leer y escribir se equipara a un oficio en la vida de un comunero. En Juli, Puno, existen una suerte de secretos para estimular el aprendizaje de los niños. Aquí una lista proporcionada por Apaza y Espillico:

> Cuando no tiene fluidez en la palabra, le hacen bailar la rueca en la lengua y su conversación se vuelve fluida. Realizan el ritual del "*brazu chua*" (colocar incienso a una brasa para que los niños puedan aprender rápido a escribir). Para que un niño aprenda rápido cualquier cosa debe de estar con su ánima. Hay que hacer comer la tierra del lugar donde ha nacido, así podrá aprender rápido muchas cosas. No se debe comer calostro porque no puede hablar bien. De *wawa* (1½ año) hay que cuidar bien a los niños, porque pueden comerse sapo y si se comen un sapo se quedan mudos para siempre. Para estos autores estas sabidurías deben ser enseñadas por los abuelos o padres en buenos días (*sumaurus*) y no en malos días como el martes y viernes (Apaza y Espillico, 2006: 16).

Pero, también puede suceder que éste saber-hacer, no encuentre el ambiente para su desarrollo e "hiberne" a la espera de circunstancias que propicien su actualización.

Una séptima cualidad de los oficios es su carácter catalizador en dos sentidos: la confección de una obra activa y eslabona otras y promueve la solidaridad y unión afectiva del ayllu. Cuando se practica un oficio, su realización invita a aprender nuevos oficios. Es lo que sucede con un albañil que termina aprendiendo el oficio de electricista y de plomero. Así el que teje un *chullo* (suerte de gorro para la cabeza) a usarse en un ritual, termina aprendiendo no sólo la confección de instrumentos sino la danza que demanda el uso del *chullo* en el ritual correspondiente. De otro lado, el chullo, la danza y la música llaman a su vez a costureros que serán los que confeccionen la vestimenta adecuada a la fiesta. Un artesano, de este modo, forma parte de una familia de artesanos convocados por la realización de una fiesta. De allí que la recuperación de un oficio sea parte del proceso de regeneración eslabonada de la vida artesanal en una comunidad.

Entonar melodías en un instrumento musical y participar en una danza, son actos profundamente emotivos. Los comuneros sienten

que al escuchar música mientras se cosecha sus corazones se sintonizan y juntan en un sólo ánimo. Cuando un comunero escucha una melodía en un *waqrapuqu* (suerte de corneta en espiral hecha de cuernos de vacunos), percibe en la melodía los sentimientos de su ayllu. El que tiene un oficio recibe una estima especial de su comunidad pues en él o ella se expresa las emociones que la comunidad gustará más tarde cuando la obra sea completada y puesta en acción.

2. Su aprendizaje.

El oficio se aprende, decir que es un "gustito", una "curiosidad", refleja la condición afectiva y de exploración del mundo que implica su confección. Su producto y expresión son las artes sanas: tejidos, cestería, herrería, música. Aunque existen en la comunidad los maestros que indican haber nacido con este saber, ("nacido es" como dicen los lamistas en San Martín), lo común es aprender, aún cuando "eres nacido" o "tengas mano", la habilidad debe ser criada, estimulada y despertada para que se desarrolle.

Los oficios se aprenden desde temprana edad y en una relación de empatía afectiva profunda entre maestro y discípulo. Hay edades para aprender y momentos y circunstancias en que la apertura, curiosidad y vitalidad para hacer cosas se extrema. La comunidad sabe de ello y promueve en sus integrantes, en particular niños y niñas, la emergencia de estas tendencias por aprender orientando cómo y cuándo aprender porque sabe también que lo que se aprende a cierta edad queda, como ellos dicen, grabado en el corazón. "Lo que has hecho hasta los siete años de edad, nunca se te olvida", dice don Víctor Yanama de la comunidad de Huarcaya en Ayacucho. Hay edades para todo y justamente la sabiduría de las comunidades es promover el aprendizaje de un oficio en la circunstancia y la edad prevista culturalmente.

Cuando esa edad llega, los mayores, sea el abuelo, la madre o el padre perciben sus manifestaciones y orientan al niño o niña en la crianza del oficio para el cual tiene una vocación natural, brindándoles el cuidado y hasta la comida adecuada para que esa

virtud se desarrolle. En ciertas ocasiones, el niño o niña, durante su época de aprendizaje, vive con la persona o personas de las cuales aprende y va de acuerdo a su edad, cumpliendo los roles que en esa circunstancia deben cumplir.

La relación entre maestro y discípulo es de cercanía, el maestro hace y el discípulo lo sigue, si el discípulo tiene deficiencias en algún momento del proceso el maestro lo corrige, y dependiendo de la tarea y la edad guía las manos del discípulo en la ejecución de la tarea hasta que éste lo haga bien. No existe una división mental y otra manual o sensorial en el aprendizaje, ambos se entremezclan en el acto de aprender del que sabe.

La supervivencia de la comunidad está en relación directa con la regeneración de los saberes que anida, en este sentido nadie puede negarse a enseñar a otro lo que sabe, si es que existe voluntad por aprender del principiante. Es así que se aprende el ejercicio de la autoridad, acompañando a otra autoridad, siendo autoridad, y así en todo orden de cosas. Es así como la comunidad recrea su vida[3] .

En la comunidad no existe una actividad más sensitiva y emotiva que el aprendizaje de un oficio, será por ello que don Domidel Sangay, campesino cajamarquino dice: "conforme se trabaja, se aprende. La enseñanza es estar contento. Para aprender es muy fácil, se mira y se practica nomás" (Vásquez 1998: 35). Aprender y practicar un oficio es

[3] Los saberes se trasmiten de padres a hijos, de mayores a menores, sea mediante consejos y narraciones orales pero también a través de cuentos y leyendas que relatan hechos actuales o fundacionales de sus gentes, cerros, manantiales, animales y plantas, y en la vivencia misma. Como don Zacarías Condori del ayllu Sullkaata, de Puno precisa: “A mis hijos desde que son pequeños enseño todo, les digo que me pasen las sogas para amarrar a las ovejas, los llevo a pastear lejos para que aprendan y se acostumbren a caminar, también me hago ayudar a recoger guano en los costales y así sucesivamente. Ellos van aprendiendo todo lo que yo hago porque yo también así he aprendido“. (Chuyma Aru 1998). A lo dicho don Julián Evaristo de Vicos, Ancash, agrega: Todas estas ocas las conservo aún de mis abuelos que me han dejado herencia para mis familias. Yo las conservo como a mi abuelo mismo, él me ha entregado en responsabilidad y de igual manera yo también debo dejarles a mis hijos porque sólo así ellos podrán mantener la vida. Aquí, si tú no siembras no vales nada, ya que la chacra te da todo. Así les enseño a mis hijos desde niños a cultivar la chacra (Urpichallay y Terre des Hommes – Alemania, Crianza de la biodiversidad en la Microcuenca de Marcará 2001. CD).

realizarlo alegre, festiva y ritualmente. Para el comunero practicar un oficio es hacerlo con la misma laboriosidad y cariño con que se cultiva una planta o se cría un animal, él extiende su comprensión del mundo a todo lo que hace.

Los oficios se aprenden en diversos escenarios: la chacra, la casa, en el bosque, en ríos y lagunas, en talleres. En estos lugares no existe separación entre vivir y aprender, como dice don Domidel: "conforme se trabaja, se aprende". En este tipo de aprendizaje juegan un papel crucial los sentidos: olfato, tacto, la vista, el oído, y el recuerdo. Aprender un oficio está asociado al mundo de las sensaciones y las emociones más que a la mente. Saber-hacer está más conectado con *sapere* (saborear) que con *sapientia* (de *scire*: saber, ciencia). El saborear se asocia al oír, palpar, gustar, mirar, sensaciones que son impensables sin los sentimientos y la emoción puesta en la relación filial de cariño con las cosas del mundo. Como diría Merleau-Ponty:

> La cosa, el mundo, me son dados con las partes de mi cuerpo, no por una "geometría natural", sino en una conexión viva comparable, o más bien idéntica, con la que existe entre las partes de mi cuerpo" (Merlau-Ponty, M.1997: 220).

Si bien aprender un oficio implica repetir lo que te enseña el abuelo o el mayor, el proceso y su producto acaban siendo una re-creación más que una repetición, porque la confección se sintoniza con el conjunto de circunstancias que rodean el acto de hacer algo y porque además la naturaleza no suena todos los ciclos de modo semejante. Como dice don Santos Cahuana: "pa'l campesino cada año se presenta diferente y cada año tenemos que ir aprendiendo".

Aprender cada año es hacer las cosas en su "tiempo y lugar" es sintonizarse con las circunstancias del pacha, es aprender de las señas de la naturaleza en su momento, es tejer cuando se debe tejer, producir el sonido cuando los cultivos lo requieren. En este sentido, aprender un oficio implica respeto, afecto y consideración a todo lo existente, de allí que los tejidos se hagan en su momento. Pero aún más, lo que una

persona lleva y luce como vestido, por ejemplo, dice del momento que esa persona vive su sintonía con las circunstancias y el ánimo que atraviesa la comunidad, pero también sus chacras, los ríos, el cielo, los animales y plantas, es decir el pacha en su conjunto. Los colores, sabores y olores son modos en que las personas, la naturaleza y las deidades se reconocen entre sí. Los colores de los vestidos, las flores en los sombreros, la música y danzas son modos en que la comunidad humana se sintoniza con las manifestaciones de la naturaleza.

Aprender un oficio tiene sus secretos que van desde realizar los rituales respectivos, hacerlo en su momento y lugar, "curar" la mano, hacer dietas, comer ciertas comidas, "*uriwar*" (trasmitir los atributos de una cosa o persona hacia otra) la mano con ortiga para ser buen tejedor, etc. No es una cuestión sólo de voluntad sino de estar en sintonía con las circunstancias, de este modo un costal elaborado con fibra de llama, si ha sido confeccionado con todos los secretos, conservará el ánima de los productos que contendrá, como una casa construida con todos los secretos cuidará el ánima de la familia que la habitará.

Un comunero o comunera aprende esta diversidad de oficios en su caminar por todo tipo de circunstancias, de vivir lo que otros cuentan, de estar frente a una variedad de estímulos que provocan el aprendizaje de nuevas competencias hasta que el cuerpo se sintonice con aquello para lo cual se tiene "mano", cuando el saber-hacer provoca el desarrollo de todos los sentidos y los afectos y se encuentra finalmente con lo que a uno "le gusta más", haciendo del "pasar la vida" un saber-hacer recreativo y de agrado la vida florece y se acrecienta.

3. "Pasar la vida" y "saber servir".

Los comuneros consideran que el aprendizaje de un oficio es para que una persona pueda "pasar la vida", es decir para que cualquiera sea la circunstancia por la que la lleve el destino, éste oficio le permita vivir y ser reconocida. La chacra, es decir la agricultura y el pastoreo, no lo son todo, está el mundo del pueblo y de la ciudad, y "pasar" por ella no es sólo transitarla en el sentido físico, "pasar" es estar y sentirse

bien en cada una de las circunstancias. La vida es cíclica, pero también es, como dicen en Huarcaya, errante y transita por un conjunto de estaciones, algunas de ellas impensadas. Tener uno o más oficios permite al comunero transitar sin mayores tropiezos por lo inesperado.

Oficios, en la concepción comunera, son la textilería, la medicina, el comercio, manejar vehículos, la carpintería, la herrería, saber construir e interpretar instrumentos musicales, la construcción, etc, que un comunero desde pequeño debe aprender de modo competente, porque una vida no programada e imprevista como la andina exige de cada cual un equipaje de sapiencia diverso.

"Pasar la vida" es estar en posesión de una actitud continua de aprendizaje, porque al tiempo que se desempeña un oficio como tejer o hacer herramientas chacareras se va aprendiendo nuevas artes del oficio en cuestión. La vida es un continuo aprendizaje a condición de estar bajo la sombra de una diversidad de influencias que gatillen nuevos aprendizajes.

Cuando los oficios se practican de modo adecuado contribuyen, ayudan a "pasar la vida", no sólo a la persona sino al ayllu. Un Ayllu será más fuerte si cuenta con numerosos artesanos, numerosos curanderos, numerosos herreros. Los oficios vigorizan a una comunidad y la hacen menos turgente a las oscilaciones de la vida confiriéndole flexibilidad frente a situaciones problemáticas como por ejemplo escasas cosechas. En este sentido un oficio campesino tiene una naturaleza comunitaria, se aprende y vive en comunidad, está en función no sólo de la persona y su familia sino al servicio de la comunidad.

No es un saber para lucrar sino para servir, aunque puede reportar beneficios al que lo realiza, su función básica dentro de la comunidad es el servicio. La palabra servir en la comunidad tiene un sentido de profundo compromiso de compartir el don que uno tiene con alguien más allá de las fronteras de la familia. Un comunero se siente satisfecho, tranquilo y en paz consigo mismo si ha servido a una familia o a su comunidad o a una deidad. Un comunero o comunera tendrá siempre

consideración con quien, en una circunstancia determinada le "ha servido". En este mismo sentido la palabra "recibir" tiene también un gran significado en el mantenimiento de buenas relaciones entre las familias, entre éstas y la naturaleza y con las deidades. Saber recibir, apreciar, gustar lo que otros comparten es análogo al servir, y para todo ello, todo comunero tiene que aprender a servir y a recibir. Los oficios campesinos están para el servicio.

Sirve mejor el que tiene multiplicidad de oficios o "*qanchis* oficio" en el quechua andahuaylino es el buscado, el apreciado, no sólo porque sabe hacer las cosas sino porque "sirve" y es capaz de hacerlo en cualquier circunstancia. Servir implica estar a la escucha, a la disposición de las familias sin otro gusto y reconocimiento que el brindar ayuda al que lo necesita. Ser *qanchis* oficio es también ser querido, una persona de prestigio en la comunidad y su recreación continua en la vida lleva al humano a ser una persona de corazón, un "*soncco runa*", como dicen en el quechua ayacuchano.

4. Oficios campesinos y escuela.

> En la escuela enseño a tallar la piedra. No es con cualquier piedra el tallado y eso depende de si servirá para moler ají o para moler granos. Les enseño con el ejemplo. Los niños que han visto con el ojo, solitos hacen. Los que no pueden hacerlo yo les ayudo, les agarro su mano y así aprenden. También los niños que más saben enseñan a los que no saben. Cuando hacen esto los niños no se cansan y lo hacen de todo corazón. También les contamos cuentos. El cuento no está por gusto, sirve para que mayores enseñen a los chicos porque el cuento enseña cómo es la vida. El paya yatiwi es eso: conocer lo que tenemos, mirar atrás para que nuestra experiencia nos guíe en el camino a andar". (Rigoberto Ticona. Comunidad de Chachacumani, Juli, Puno).

Los padres de familia de las comunidades se quejan del excesivo énfasis teórico del actual currículo educativo. Los jóvenes egresan de la primaria y de la secundaria sin una formación que los habilite para "pasar la vida", al decir de comuneros huancavelicanos. El *iskay yachay* y *paya yatiwi* (comprender las tradiciones andina y moderna) no significa, para ellos y ellas, sólo hacer teoría de su saber para que pueda ser conversado en el aula, ni sólo un saber de referencia, un medio que el profesor usa para construir un conocimiento "superior".

Cuando ellos solicitan que se enseñen las dos tradiciones cognoscitivas están pensando además del manejo de la tecnología de la lectura y escritura y el conocimiento de las matemáticas, en el refuerzo en unos casos y la ampliación en otras del espectro sapiencial de la niñez con la implementación en las escuela de lo que ellos llaman los "oficios campesinos". Se han dado cuenta de que si la escuela está en la comunidad es no sólo para incrementar su sabiduría con conocimientos de otras tradiciones, sino también la vigorización del saber propio. Para doña Eduardina Flores de la comunidad de Kakiabamba, Andahuaylas debe haber el *iskay yachay* porque según ella:

> Así se relaciona el *yachay* (saber) de los profesores con el *yachay* de la comunidad, aunque hay veces digo que es en vano el colegio, a los hijos hay que enseñarles los oficios porque es una manera de enseñarles a pasar la vida. A los niños les gusta las semillas, nos exigen que les demos semillas en especial luego de las ferias donde ven muchas clases de semillas". Don Juan de la Cruz, comunero de Auquilla, Ayacucho dice que los oficios que aprenden los niños son "para toda la vida", y ellos si ven que un niño tiene afición para la chacra le dan su chacra, si es aficionado al ganado, le dan su ganado, y si es para el tejido le hacen o compran su telar.

"*Paya yatiwi*" e "*iskay yachay*" en este sentido, no es sólo integrar el saber local en el tercio curricular. La vigorización de los oficios campesinos implica de un lado que la escuela emigre del aula a la chacra, y en segundo lugar que el centro del saber sea la cultura

educativa de la comunidad, lo que obliga a la sintonización del quehacer educativo de la escuela al calendario agrofestivo de la comunidad. Esto es para los comuneros recuperar el respeto, es decir hacer las cosas en "su tiempo y lugar". Danzar a las cosechas en la época de siembra como se hace en la ciudad porque el mercado lo pide es perturbar el ciclo de regeneración de la naturaleza, es una falta de respeto y consideración a la vida. Melguardo Huanca Aguilar de la comunidad de Piñuta Uyo en Juli precisa:

> Hay canciones para todo y todo se canta en su momento, y a los niños les vamos enseñando a tocar los instrumentos porque la chacra se alegra cuando escucha música. Eso es el *paya yatiwi* y no esas canciones que vienen de la ciudad y cuyas letras ¿qué pueden enseñarle al niño? Más bien le empujan a estar en la ciudad y a no querer las cosas del campo. Al comienzo no ha sido nada fácil porque el profesor no sabía de las costumbres de la zona y le ha sido difícil aprender los tejidos, por eso nosotros hemos entrado a enseñar la sabiduría del campo. ¿Por qué es importante el paya yatiwi? Porque los niños van a aprender a vivir la vida. No es una tarea solo de los docentes, ni solo de los padres de familia para que exista el paya yatiwi. Si uno nomás quisiera hacer seríamos cojos. Se necesita de ambos para que el paya yatiwi vaya bien. Pero nosotros tenemos que fortalecerlo porque los apoyos no son eternos. Nosotros somos los que vamos a quedarnos en la comunidad, nosotros tenemos que dar el ejemplo.

En este sentido, la visión de la educación dentro de un enfoque de diversidad cultural no está asociada a modelos de bienestar anclados en la tradición de vida buena occidental que aprecia pobreza en el medio rural andino solicitando desarrollo para mejorar las supuestas incompetencias sino en vigorizar en primer lugar las tradiciones locales.

En una reunión habida en Andahuaylas en Setiembre del 2006, los comuneros consideraron que el aula debía ser un complemento de lo que se brinda en la comunidad. Hay que hacerlo para que niños y

niñas aprendan también allí a recuperar el respeto. Explicando este proceso don Eustaquio Mamani de la comunidad aymara de Queruma, Juli, Puno, señala:

> Hay docentes que te apoyan y otros que hay que conversarles. Nosotros no hemos entrado de la noche a la mañana a enseñar a la escuela, ha sido todo un proceso. Primero Suma Yapu nos ha capacitado y estimulado a valorar nuestras costumbres, luego hemos ido recordando todo lo que hacíamos antes en la comunidad, recién luego de hacer aquello hemos enseñado en la escuela. Los niños sabiendo los oficios pueden caminar en la vida, si saben tejer pueden hacer ropas y algunas vender y con eso comprar sus útiles. No solamente yo enseño, mi mujer se dedica a las niñas. Tenemos que apoyar a la escuela de todo corazón. Esa es la manera de apoyar a la escuela para sus oficios. Así vamos ayudando a recuperar el respeto.

Sugieren al respecto varios caminos relacionados entre sí: elegir curiosos, *yachak*, para que enseñen en la escuela fijándoles un horario y exonerándolos de las faenas comunales, hacer *ayni* con ellos, entregarles obsequios, pagarles con productos, valorarlos para que enseñen con voluntad, porque 'dar la mano', eso nomás no es así. Con los docentes, señalan, hay que recuperar el cariño por los oficios.

Consideran que la elección de los oficios en la escuela debe hacerse entre docentes, niños y niñas y comuneros, para lo cual deben implementarse los talleres con herramientas adecuadas: tejidos, tallados, hilados, trenzados, refrescos y comida, cerámica, sanidad humana, huertas, música, construcción de casas, carpintería, canastas, arados, *taclla*, herrería, sogas, sombreros, etc. Estas actividades deben hacerse con mucho respeto, con sus rituales respectivos, en su contexto usual y se debe enseñar con cariño, paciencia, voluntad y respetando el calendario agrofestivo; en breve, se debe recuperar el sentido de la "minka de saberes" donde grupos de comuneros en cierto momento del año enseñan sus artes a los iniciados. En similar sentido opinan

Carrillo, Jaulis y Núñez, de la Asociación APU de Ayacucho. En sus palabras:

> Para el campesino son importantes (así como la participación de los niños en sus fiestas y rituales) los "disfraces", porque estos atuendos les dan mayor "significado" a las fiestas… Una escuela amable con la cultura andina ayudaría fácilmente la recuperación de estas máscaras, pero no para exposiciones escolares o para tenerlos como trofeos, para adornar las aulas o para generar ingresos económicos, sino para que los niños participen en las fiestas, recuperando su espacio vital en la regeneración de sabiduría.

Los oficios campesinos están anclados en una visión de bienestar cultural que se expresa en el "*suma jakaña*" aymara (buen camino) y en el "*allin kawsay*" (vivir bien) quechua, si no se hace esta reflexión, la elaboración de cerámicas y tejidos por niños y niñas puede estar siendo pensada como una técnica a aprender sólo para entrar eficazmente al mercado, sin entender que ellos adquieren sentido dentro de la cosmovisión del mundo en que aprenden, practican y se enseñan. Como indican Mendoza, Alarcón y Campos de la Asociación Vida Dulce de Andahuaylas:

> La idea del oficio para músicos es que el niño aprenda a cantar carnavales en el carnaval y junto a los comuneros o aprenda la danza de tijeras en la festividad ritual del *yarqa aspiy* (limpieza ceremonial de acequia). La usanza andina dice que los oficios se ejecuten según el calendario agrícola y la escuela se sintonice con la comunidad mediante estos oficios campesinos. La demanda general es que quieren ser profesionales, pero en el ámbito de la comunidad y la casa los niños tienen que tener también sus oficios.

La sabiduría de un "*soncco runa*" o de un "*chuyman jaque*" –al decir de los aymaras- no es comunicable en el sentido que Hesse dice en Siddharta[4] , sino es algo que diríamos se vive, se vivencia, se siente, palpa y toca, no se aprende para ser sabio. "Pasar la vida" puede llevar a la sabiduría, de hecho es un camino y nos conduce a sintonizarnos bien con las personas, a estar a su servicio y a que los demás consideren nuestra presencia como algo útil. Mas, la sabiduría intrínseca en el diálogo con la naturaleza y las deidades viene con la vida, con los sueños, con las revelaciones, viene con la persona, como si las deidades lo hubiesen querido así y no es una decisión sólo humana. El camino de la sabiduría es estar en la vida de nuestros mayores, es resumir en una vida la vida del pacha, con su antes, durante y después. Un oficio puede ser el camino hacia ella.

[4] La sabiduría no es comunicable. La sabiduría que un sabio intenta comunicar suena siempre a simpleza... El saber es comunicable pero la sabiduría no. Puede hallársele, puede vivirse, nos sostiene, hace milagros; pero nunca se puede explicar ni enseñar. (Hesse, Hermann. Siddharta).

Bibliografía.

ABA. Asociación Bartolomé Aripaylla. "Yachay, Yachakuy". En: La regeneración de saberes en los Andes. PRATEC. Lima, 1998,

Abram, David. "Animismo y alfabeto". En: La Magia de los sentidos, Editorial Kairós, Barcelona, 2000.

Apaza, Eliana, y Espillico, Teodosia. "La cultura educativa de las comunidades del Altiplano. Puno". Man. Puno, 2006:

Arévalo, M. y Quinteros, A. "Ni yo sé cómo he aprendido". En: Niños y Aprendizaje en los Andes. Asociación Urpichallay. Huaraz, 2000.

Arévalo, M. "La chacra te enseña a querer". En: PRATEC: Los caminos andinos de las semillas. PRATEC. Lima, 1997.

Asociación Paqalqu. "Acompañamiento y reflexiones sobre aprendizaje campesino". Puno. 1998. Manuscrito.

Borges, Jorge Luis. "Funes el memorioso" En: Ficciones. Madrid: Alianza Editorial, 1993. 121-132

Carrillo, P. "De mi abuelo he aprendido". En: La regeneración de saberes en los Andes". PRATEC. Lima. 1998.

Carrillo, P. "Niñez y Educación en Chaka y Chuquihuarcaya". En: Niños y Aprendizaje en los Andes. Asociación Urpichallay. Huaraz, 2000.

Castelnuovo, A. y Creamer, G. La desarticulación del mundo andino. Dos estudios sobre educación y salud. Quito, Ecuador 1987.

Chambi, Néstor et al. «Niño, Aprendizaje y Educación en Conima, Moho, Acora, Ilave. Puno". En: Urpichallay: Niños y Aprendizaje en los Andes. Asociación Urpichallay. Huaraz, 2000

Chuyma Aru: "Reflexiones sobre el aprendizaje campesino". Manuscrito. Puno. Noviembre 1998.

Cutipa, S. "Antes lo que aprendíamos era grabado en nuestro corazón". En: Niños y Aprendizaje en los Andes. Asociación Urpichallay. Huaraz, 2000.

Del Castillo, Martha; y, Rengifo, Grimaldo. La mujer es para que guarde las semillas. Mujer y cambios en el sistema agrícola del bajo Mayo. Tarapoto. San Martín. CEDISA. Tarapoto, 1995.

Eliade, Mircea. El mito del eterno retorno. Editorial Planeta. México, 1985.

Ferrater Mora, J. Diccionario de Filosofía. Alianza Editorial. Barcelona, 1981.

Hesse, Hermann. Siddharta. Editorial: Plaza & Janés Editores,1950.

Kush, Rodolfo. El pensamiento indígena y popular en América. Hachette, 3ª. Edición. Buenos Aires, 1997.

López, J.; Flores, W.; Letourneux, C. Laymi Salta. Programa de Autodesarrollo Campesino PAC–Potosí & Ruralter Editories. La Paz, Bolivia, 1993.

Merlau-Ponty, M. Fenomenología de la Percepción. Península, Barcelona, 1997.

Mires, A. El verbo se hizo Andares. Reflexiones sobre el diálogo intercultural. Red de Bibliotecas Rurales. Cajamarca. 2000.

Mires, A. Lo que cuento no es mi cuento. Cultura andina y tradición oral. Acku Kinde 6. 1996. Cajamarca.

Panduro, R. "La vida misma nos enseña". En: Niños y Aprendizaje en los Andes. Asociación Urpichallay. Huaraz, 2000.

Urpichallay. Así converso con mis semillas. Marcará. 1999

URPICHLLAY y Terre des Hommes – Alemania. Crianza de la biodiversidad en la Microcuenca de Marcará. CD. Marcará, Ancash, Setiembre 2001.

Valera y Moreno, G. Las comunidades en el Perú. Una visión Nacional desde las series departamentales. Pallay 1. Coordinadora Rural. Instituto Rural del Perú. Lima, 1998.

Van Kessel, J. "Tecnología y Ecología en los Andes. ¿Cómo funciona la tecnología simbólica?. En: Desarrollo Andino y Cultura Aymara en el Norte de Chile. Taller de Estudios Aymaras.Centro de Investigación de la Realidad del Norte. CREAR. Iquique. Chile, 1990.

Vásquez, J. "Mirando, mirando, aprendí". En: PRATEC: Aprendizaje Campesino en los Andes. PRATEC. Lima. 1998.

Zevallos, Balbino; Ravelo, Javier; Marcañaupa, Emilio y Romero, Ana. "Cuidando la armonía de la Pachamama y la salud de las personas". Manuscrito. Noviembre 2001. Lircay.